

dir de la naturaleza por la religion, equivale á prescindir de la religion por la naturaleza. Como no podemos apartar el cuerpo del alma sin traer la muerte, no podemos apartar las criaturas del Criador sin traer el absurdo y el sofisma. Ningun adelanto fisiológico ha logrado en modo alguno destruir la espiritualidad y las facultades íntimas del alma. Todas las ciencias cosmológicas modernas con sus adelantos y con sus progresos, no han hecho mas que aumentar, si pudiese decirse esto, lo infinito, demostrando cómo nos rodea por todas partes, así en el tiempo y en el espacio materiales, como en las inmateriales ideas. Ninguno de los adelantos científicos ha podido destruir la religion, por lo mismo que la religion no es ciencia. Yo pregunto en qué se ha menguado la idea de Dios porque haya el telescopio extendido y dilatado los cielos; porque haya el espectro solar en sus maravillosas descomposiciones traído al radio de las humanas experiencias el oxígeno ardiente allá en los confines de la Vía Láctea; porque las ciencias naturales hayan coordinado en sistema racional y en serie lógica todas las especies; porque las máquinas eléctricas, los para-rayos, los barómetros, los termómetros hayan pesado el aire, medido el calor, y puesto el relámpago á las plantas del hombre como estuviera en otro tiempo á las plantas de Dios; porque la geología en sus investigaciones haya acrecentado la nobleza de la tierra con acrecentar la genealogía de sus edades y de sus siglos; porque la química en sus adelantos haya mostrado la unidad de la materia, y la mecánica la unidad de la fuerza; porque nuevas revelaciones científicas hayan venido á demostrar el poder de Dios; y nuevas revelaciones históricas, la unidad fundamental del hombre. No se puede, no, emplear para las religiones el criterio que se emplea para las ciencias. Allégase la verdad científica por la razon pura y allégase la verdad religiosa por el sentimiento, por la fe, por las luminosísimas intuiciones. Ni los Vedas, ni las Biblias, ni los Evangelios han querido revelar ciencias ni artes. Necesitados todos esos libros de poner verdades morales, metafísicas y teológicas al tardo alcance de las muchedumbres, no se han curado ni han podido curarse del rigor científico. Despues de todo, las religiones no tienen para qué decir ni enseñar cómo se mueven los astros, cómo se generan las especies, cómo se forman los flúidos, cómo se originan las ideas; les basta con enseñar y decir que un Dios existe, que se relaciona

ese Dios con los espíritus y con las cosas, que tiene una providencia para la Historia y una ley para la Naturaleza y una religion para la inteligencia y una moral para la voluntad, moral cuyo cumplimiento nos hará buenos en el mundo y nos asegurará la inmortalidad en el cielo. No hay esos supuestos conflictos entre la religion y la ciencia, sino cuando se quiere hacer de la parte histórica, de la parte litúrgica, de la parte accidental y circunstancial de todas las religiones, algo tan supremo, como su parte dogmática y moral. Por consiguiente, hay que dejar á la ciencia libre, sean cualesquiera sus sistemas, en la seguridad de que no podrá jamás poner en sus retortas la espiritualidad del alma, ni las secreciones del pensamiento, como no podrá jamás enterrar á Dios en sus mas ó menos atrevidos conceptos. Como no pueden confundirse las artes unas con otras, sin perderse todas, no pueden, la ciencia, la religion, la política, confundirse sin perderse y desnaturalizarse. Dejad, dejad á cada manifestacion del espíritu el espacio inmenso de su libertad y vereis cómo resultan todas concéntricas y armónicas, gravitando en torno de Dios, como en torno del sol gravitan los planetas.

Hay en el fondo de todas las religiones un espiritualismo esencial como hay en el fondo de todas las religiones leyes morales mas ó menos claras, pero leyes morales al cabo. En el centro de todos los templos, en el secreto de todos los santuarios, en la efigie de todos los dioses hay tambien una idea fundamental y pura. Todas las liturgias tienden á relacionar al hombre con su Dios y á extender la vida humana mas allá de la muerte. Como del estiércol se levantan los árboles henchidos de savia, goteando gomas, ornados de flores, enriquecidos de frutos, poblados de aves y de nidos, tendiendo sus verdes ramas á la inmensidad para que de sus besos con la luz el oxígeno salga y purifique los aires; como esos grandes vegetales, decia, salen del estiércol, ó por lo menos, lo necesitan para sus raíces; del sepulcro y de sus cadáveres podridos, de aquella fetidez y de aquella miseria, saldrán eternamente los altares, con sus aras, con sus cálices, con sus tabernáculos, con sus ángeles, con sus Vírgenes, con sus oraciones, que subiendo á las alturas inaccesibles, rasgan los velos del misterio, y nos revelan el bien, la verdad y la hermosura, esas hipóstasis de Dios. Los principios religiosos y morales del Cristianismo se hallarán eternamente, sin remision alguna, en todas las



religiones, como se hallan los postulados del divino Euclides en todas las matemáticas. Allende un Dios criador y conservador de todas las cosas; allende un Verbo y un Espíritu Santo; allende la trilogía y la Trinidad divinas; allende la Providencia en la Historia y en la tierra; allende la espiritualidad y la inmortalidad del alma en el hombre; allende la moral del sermón de la Montaña, y allende la libertad, la igualdad, la fraternidad en los pueblos y en los individuos; allende todo esto, no hay, no puede haber una revelación más alta, no hay, no puede haber un progreso más lato, porque todos esos principios morales y religiosos resultan al fin y al cabo tan evidentes como los principios matemáticos.

Lo que se necesita, es una Iglesia, que no contradiga sistemáticamente la ciencia; que no haga del sacerdocio y sus ministerios sublimes, el privilegio exclusivo de una casta; que no condene las sociedades humanas á vivir bajo el estrecho círculo de las antiguas coronas; que no trabaje por la servidumbre intelectual y no convierta en seres mecánicos los hombres libres ni en ergástulas tenebrosas los altares; que no excomulgue á las democracias modernas, las cuales al fundar la República y al traer los derechos naturales y al erigir sobre las cimas de los Estados la libertad religiosa, no hace más que llevar á la vida social y política las máximas del Evangelio. En el fondo íntimo de todas las Iglesias cristianas se halla una idealidad y una doctrina común, la cual puede servir de base á los futuros templos del Dios, á quien adorarán las generaciones emancipadas. Es más; así como los pueblos cristianos han proclamado la paz internacional en materias religiosas y han puesto la libertad de cultos al frente de las Constituciones modernas, las Iglesias cristianas anudarán con el tiempo una federación estrechísima y cordial, antes de llegar á la unidad indispensable. La Iglesia, que se oponga con cualquier menguado jesuitismo á este natural progreso, quedará destruida y arrollada. Si el Cristianismo recibió todas las ideas semíticas encerradas en la Biblia y todas las ideas arias encerradas en los Vedas; si pudo tomarle al mazdeísmo prácticas de su liturgia en otro tiempo consideradas como hechicerías y quiromancias; si para comunicarnos con Dios copió el Verbo y el espíritu de las escuelas alejandrinas; si le tomó á Roma sus Pontífices y su jurisprudencia; si le tomó á Grecia su inspirado helenismo; si el Aristóteles

de los árabes pasó á la Suma de sus teólogos; si toda la metafísica antigua llegó por sus padres griegos y latinos á ser como el comentario de sus libros dogmáticos y religiosos, no hay que dudarle, recibirá en lo porvenir la democracia, la ciencia, la filosofía, las revelaciones astronómicas del Cosmos, los adelantos de la fisiología y del naturalismo, los derechos fundamentales humanos, la libertad y la igualdad en toda su fuerza, llenando así con su esencia los abismos del espíritu, como las aguas derretidas de las nieves, arrastradas por los ríos y por los torrentes, caídas de las nubes, impulsadas por los declives de la tierra, llenan con sus ricos caudales y sus agitadas ondas los abismos del mar. Las sectas cristianas, que han querido guardar á Cristo muerto en las estrecheces de su liturgia, se parecen á las pobres mujeres judías que buscaban á Cristo en el sepulcro de Jerusalem, cuando Cristo había resucitado por haberse convertido en la luz viva del espíritu. El Cristo que habeis querido enterrar, escribas y fariseos, en los potros del tormento, en la ergástula del esclavo, en la horca del castillo, en los tronos de los Reyes y de los Césares, ha resucitado en la razón libre y en la democracia progresiva y en los derechos humanos, y en la República universal. Compadezcamos á las Iglesias que no comprendan esta metamorfosis, porque ciegas hoy en sus supersticiones, mañana se verán destruidas en el mundo y abandonadas del espíritu: que así lo ha dispuesto el movimiento eterno de la Revolución religiosa.

FIN DE LA REVOLUCION RELIGIOSA